



Iriarte, Ignacio. "El muro de Berlín y la discontinuidad de la historia. Un ensayo a partir de *Otoño alemán*, de Liliana Villanueva".  
*Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, julio de 2023, vol. 12, n° 28, pp. 67-79.

# El muro de Berlín y la discontinuidad de la historia

## Un ensayo a partir de *Otoño alemán*, de Liliana Villanueva

The Berlin Wall and the discontinuity of history. An essay from *Otoño alemán*,  
by Liliana Villanueva

Ignacio Iriarte <sup>1</sup>

ORCID: 0000-0002-4596-3164

Recibido: 27/04/2023 || Aprobado: 04/06/2023 || Publicado: 14/07/2023

### Resumen

En *Otoño alemán*, Liliana Villanueva narra su vida en Berlín, entre fines de los años '80 y principios de los '90. De todos esos años, se concentra en narrar su experiencia como testigo de la caída del muro de Berlín. El propósito de este texto es describir la forma en la que realiza esa narración, considerando que *Otoño alemán* propone una importante contribución para pensar cuestiones como la historia, el tiempo, la modernidad y la posmodernidad.

### Palabras clave

Muro de Berlín; historia; escritura; sujeto.

### Abstract

In *Otoño alemán*, Liliana Villanueva narrates her life in Berlin, between the late '80s and early '90s. From all those years, she focuses on her experience as a witness of the fall of the Berlin Wall. The purpose of this text is to describe the way in which her writing is carried out, considering that *Otoño alemán* proposes an important contribution to think about issues such as history, time, modernity and postmodernity.

### Keywords

Berlin Wall; history; writing; subject.

---

<sup>1</sup> Licenciado en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata y Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Es Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y Profesor Adjunto en la Universidad Nacional de Mar del Plata (Argentina) en la asignatura Literatura y cultura latinoamericanas I. Sus investigaciones se centran en la literatura latinoamericana y cubana de los siglos XX y XXI, enfocándose especialmente en Cuba. Entre sus publicaciones recientes se encuentran *Del Concilio de Trento al sida. Una historia del Barroco* y, como editor, *Puntuaciones sensibles. Figuras en la poesía latinoamericana*. Ha publicado, además, numerosos artículos en revistas especializadas. Es co-editor del sitio Caja de resonancia y secretario de redacción en la revista *El jardín de los poetas*. Contacto: [iriartelignacio@gmail.com](mailto:iriartelignacio@gmail.com)



## 1

**E**n 1966 en *Otoño alemán*, Liliana Villanueva narra su vida en Berlín, entre fines de los años '80 y principios de los '90. Cuenta algunos viajes a la República Democrática Alemana (RDA) con su pareja Jan, escribe sobre su experiencia trabajando en uno de los estudios de arquitectura más importantes de Alemania, describe con minuciosidad sus impresiones de la caída del muro de Berlín y los diversos proyectos de construcción en lo que fuera Berlín oriental. Mezcla de autobiografía, libro de viaje y crónica, la experiencia de Villanueva representa desde su singularidad un proceso decisivo para la historia contemporánea, que puede tomarse como un clivaje en el que comienza nuestra actualidad, usualmente designada como posmoderna.

Villanueva cuenta la caída del muro a partir de una conversación telefónica que mantiene con su pareja Jan, que trabaja como periodista en Hamburgo. Después de darle la noticia, le cuenta los pormenores administrativos que precipitaron la situación (Villanueva replica y amplía esa información en nota al pie). En la mañana del 9 de noviembre, el Ministerio del Interior de la RDA redacta una nueva Ley de Viajes, que es aprobada a las 18:00, “con la acotación de que debía hacerse pública recién a las 4:00 AM del día siguiente, el 10 de noviembre, a través de la agencia estatal de noticias ADN con la aclaración de que se trataba de una resolución transitoria” (100). Ligeramente modificada a causa de algunas objeciones, el texto pasa a manos de Günter Schabowski, miembro del Politburó de la RDA y vocero del Comité Central del Partido Socialista Unificado. Schabowski da una conferencia de prensa ese mismo día a las 19:04. Al final lee el texto, aunque posiblemente lo haya hecho por error, en el que dice lo siguiente: “Desde este mismo momento los ciudadanos de la RDA pueden cruzar a Alemania Federal desde todos los puestos de frontera” (101). Aunque se habla de la caída del muro de Berlín, lo que sucede al principio es algo menos dramático: las puertas del muro se abren para que la gente pase. Pero lo que me interesa subrayar es que, como destaca Villanueva al recortar este fragmento de la noticia, el Muro cae (primero de manera metafórica y más tarde de manera literal) por un acto jurídico pronunciado aparentemente por error.

Habría que decir que ese acto jurídico es el desenlace de una crisis que venía arrastrándose desde tiempo atrás. Como recuerda Villanueva en los primeros capítulos de *Otoño alemán*, en Berlín oriental había protestas y miles de alemanes habían salido por la frontera de Hungría o se habían refugiado en la embajada en Praga; Erich Honecker, que se había negado a importar las políticas de Mijail Gorbachov, renunció un mes antes de la caída del muro. Su sucesor, Egon Krenz, que ratificó casi a diario la continuidad del marxismo-leninismo, sencillamente se vio sobrepasado. El socialismo europeo venía madurando la crisis desde varios meses atrás.<sup>2</sup> El 8 de octubre, el Partido Obrero Socialista Húngaro abandona los principios de la dictadura del proletariado, suprime de su nombre la palabra Obrero y apuesta a la economía mixta y la democracia multipartidaria.<sup>3</sup> En junio de ese año Solidaridad triunfa

<sup>2</sup> Existen numerosos trabajos de conjunto sobre el tema. Cabe mencionar los últimos capítulos de *Bandera roja*, de David Priestland, *El derrumbe del socialismo en Europa*, de José Luis Rodríguez García, y *Quinen no extraña al comunismo no tiene corazón*, de Martín Baña.

<sup>3</sup> Tomo este dato del artículo del *Granma* del 9 de octubre de 1989, “Desaparece el POSH y nace un nuevo partido en Hungría”. Las noticias sobre el proceso de disolución del partido aparecen casi a diario en la prensa cubana. El proyecto de creación del nuevo partido, que a partir de ese momento se llamará Partido Socialista Húngaro, dice en uno de sus tramos: “En la historia de nuestra patria ha concluido una etapa marcada con el nombre de Partido Obrero Socialista Húngaro. El sistema de origen stalinista agotó todas sus reservas sociales, económicas, políticas y morales, es inadecuado para seguir el paso del desarrollo del mundo” (*Granma*, 9/10/1989 8).

en las elecciones en Polonia y en agosto forma el primer gobierno no socialista de Europa del Este. A su vez, todo esto es el resultado de las políticas reformistas que pone en marcha Mijail Gorbachov desde su asunción como Secretario del PCUS en 1986, o bien del estancamiento económico y político que con ellas quiso y no pudo detener.<sup>4</sup> Por todo lo anterior, se puede afirmar que si Schabowski no hubiera leído el texto, el Muro hubiera caído igual. Tal vez los acontecimientos se habrían demorado un poco, pero solo un poco, pues la crisis estaba, faltaba un cambio, un pequeño paso en falso para que la historia se precipitara. Sin embargo, esto no le resta importancia al acto jurídico que acelera los acontecimientos, porque antes de que Schabowski leyera la normativa sobre los viajes al exterior, la crisis permanecía larvada, carcomiendo las bases del sistema, pero sin que este terminara. Pasara lo que pasara, es un acto jurídico el que pone en marcha la disolución del sistema, de la misma manera que lo es la disolución de la URSS.

En *Mil mesetas*, Gilles Deleuze y Félix Guattari comprenden este tipo de intervenciones lingüísticas con el nombre de “acto incorporal”. Para presentar el concepto, retoman las ideas de Oswald Ducrot: “Cuando Ducrot se pregunta en qué consiste un acto, llega precisamente al agenciamiento jurídico, y pone como ejemplo la sentencia del magistrado, que transforma a un acusado en condenado” (86):

la transformación del acusado en condenado es un puro acto instantáneo o un atributo incorporal, que es el expresado en la sentencia del magistrado. La paz y la guerra son estados o mezclas de cuerpos muy diferentes; pero el decreto de movilización general expresa una transformación incorporal e instantánea de los cuerpos. Los cuerpos tienen una edad, una madurez, un envejecimiento; pero la mayoría de edad, la jubilación, tal categoría de edad, son transformaciones incorporales que se atribuyen inmediatamente a los cuerpos, en tal o cual sociedad. (86)

El acto incorporal no representa los cuerpos, sino que interviene en ellos. Por “cuerpo” no hay que entender solamente el cuerpo de los individuos o los animales, porque se trata también de cosas materiales como autos, edificios y muros. La caída del muro de Berlín, tal como lo enfoca Villanueva, puede interpretarse como la intervención de un acto de habla, pronunciado por el vocero del gobierno, sobre los cuerpos que habitan la RDA: el cuerpo del muro, que se convierte en puerta y deja de ser “muro de contención antifascista”, como se lo designaba, y los cuerpos de los ciudadanos, para quienes cambian las obligaciones jurídicas que los definían.

Pero lo más interesante del relato de Villanueva es que existe un tiempo entre la lectura del acto jurídico y el acomodo de los cuerpos a la nueva situación. Se trata de un momento de indecisión e incertidumbre, incluso podríamos hablar de confusión, como si el acto jurídico generara algo tan inesperado que nadie puede decir bien qué va a ocurrir después. Lo más interesante de la reconstrucción de Villanueva es que eso ocurre en el mismo Schabowski:

En la conferencia de prensa Schabowski leyó directamente del papel que le habían dado sin haberlo leído antes. Un periodista le preguntó si la “libertad de viaje”, o *Reisefreiheit*, regía desde ese mismo momento. Schabowski tuvo que volver a leer el párrafo. Él mismo no había entendido bien si la ley regía desde ese momento, y ¡lo leyó como para sí mismo! (101-102)

<sup>4</sup> Podríamos ir más atrás, porque las reformas de Gorbachov tienen como propósito reactivar una economía estancada al menos desde mediados de los años ‘60’-’70, cuando llega a su fin el crecimiento económico extensivo (Rodríguez García).

Schabowski no comprende: queda suspendido porque el acto jurídico también lo afecta, pues de pronto él también podría cruzar el Muro sin mayores problemas. Podríamos caracterizar ese momento de confusión como un impasse préstamo lingüístico del francés que significa “callejón sin salida” (pero que también pone en castellano) y que se usa también como sinónimo de “compás de espera” en las negociaciones o en algunos procesos, un momento crítico e incierto que puede llevar al fracaso o al éxito, pero que en todo caso cambia la situación precedente. En este sentido, *Otoño alemán* podría leerse a partir de este impasse. Y en dirección contraria, tal como lo cuenta Villanueva, la caída del muro de Berlín se debería interpretar a partir de este impasse entre el enunciado y la comprensión, entre un significante que al principio carece de sentido identificable, y una red subjetiva y social que va a ser reacomodada por él. Y esto significa lo siguiente: en algún punto, la caída del Muro de Berlín es un acontecimiento que no se puede comprender.

## 2

La noticia de la caída del Muro pone en juego este impasse en la comprensión. Podemos verlo en el momento en que Villanueva recibe la noticia. Levanta el teléfono, la noche del 9 de noviembre, y Jan, su pareja, antes incluso de saludarla, le dice “Cayó el muro”:

Pero yo estoy en Berlín, en el departamento de la Mareschstrasse que le alquilé a un alemán que se fue a estudiar árabe a Damasco, estoy acostada sobre un colchón de agua y afuera en la ventana es de noche, estoy en Berlín y Jan está en Hamburgo, trabajando en la agencia de prensa en el turno noche, lo veo sentado frente a su escritorio en la sala grande de edición de noticias, la mirada concentrada en la pantalla, los dedos de sus manos pegados a las teclas moviéndose a ritmo frenético, la vista de su computadora a las imágenes de los televisores que cuelgan del techo, cada aparato en un canal diferente, en todos los canales la misma noticia: Cayó el Muro de Berlín. (97-98)

En el párrafo hay un desfase entre el ritmo frenético que adquiere la noticia y la atención que la narradora presta a cosas en comparación tan insignificantes como el colchón de agua sobre el que está acostada. Unas líneas más abajo acentúa esta tensión: “yo, en un momento tan especial de la historia, estoy en pijama bajo el edredón de plumas con un libro en la mano y en la otra el tubo de teléfono, un aparato antiguo de bakelita de cable enroscado que no permite grandes movimientos” (98). ¿Qué hacen esos detalles en medio del relato de una noticia tan central para la historia de la humanidad? No son reales, no funcionan como el barómetro de Gustave Flaubert: no generan ni efecto de realidad ni demuestran una supuesta democratización de la literatura;<sup>5</sup> se trata de algo muy distinto: marcan que la narradora no le puede dar una dimensión exacta a la noticia que acaba de escuchar. Para nosotros, habitantes del siglo XXI, “Cayó el muro” significa cosas como “el derrumbe del socialismo real”, “la pérdida de legitimación de los regímenes totalitarios”, “el fin del siglo XX”, “la puesta en marcha del neoliberalismo” y “el comienzo de la posmodernidad realmente existente”; para Villanueva, en esa noche del 9 de noviembre de 1989, la noticia no opaca su entorno inmediato. Cualquiera que supiera el peso que tienen las palabras de Jan tiraría el libro que estaba leyendo; Villanueva lo deja “abierto a un costado para no perder la página” (98). El muro de Berlín separaba formas políticas, sociales, ideológicas y culturales; su caída puede

<sup>5</sup> Las referencias son conocidas: el efecto de realidad está tomado del famoso ensayo de Barthes incluido en *El susurro del lenguaje*; la democratización ficcional es la lectura que, en contra de Barthes, hace Jacques Rancière en “El barómetro de madame Aubain”.

reunirlo todo (aunque de nuevo se impone el impasse: pasará mucho tiempo antes de que eso suceda) pero en la experiencia inmediata de Villanueva la noticia produce otra cosa: una escisión entre el enunciado, “Cayó el muro”, y la comprensión, que todavía no logra acomodarse a lo que ha sucedido. Hay un tiempo entre el enunciado y su comprensión, una fisura entre las palabras y las cosas, entre el significante y el sujeto al que este modifica.

Podemos verlo en el relato que hace del 10 de noviembre. La narradora va a la puerta de Brandenburgo para ver lo que sucede. Ahí está el Muro, enorme dispositivo de fijación territorial, distribución de las poblaciones y organización de las subjetividades. Pero ha dejado de ser un aparato de control y represión, aunque sin convertirse en otra cosa. Lo mismo ocurre con las personas: los soldados están como congelados, las calles y los negocios se llenan de gente curiosa que viene del otro lado. Todos están sorprendidos y, por lo tanto, en espera. Villanueva se sube al Muro, donde hay centenares de personas, que toman champán y miran a los soldados apostados del otro lado:

A la izquierda, a unos treinta metros, la Puerta de Brandenburgo se eleva como un tótem apenas iluminado por una luz blanca, muy blanca, la puerta está totalmente rodeada por una cadena de soldados armados hombro con hombro, no sólo impiden el paso sino que ofrecen una imagen perturbadora de la situación. Sobre la franja de la muerte, más soldados nos apuntan. Los focos de luz están ubicados cada dos metros e iluminan todas las partes del Muro. La luz nos ciega. Para poder distinguir con mayor exactitud lo que pasa pongo una mano a la altura de mis cejas y entonces veo a los soldados con sus Kalashnikovs, las culatas sobre el uniforme, las cantoneras pegadas a la cintura, las manos sobre el gatillo. Si alguien diera una orden, si algún oficial se le ocurriera disparar esto se convertiría en una masacre. Sobre el Muro somos un blanco fácil. Pero nada pasa. (140-141)

Como si fuera una foto, todos están congelados, a la espera de algo que no ocurre. En cualquier otro día los soldados habrían disparado, pero ya no son los que controlan el Muro, ya no es una frontera inexpugnable, aunque nadie sabe a ciencia cierta en qué se transformaron la mole y los uniformados que hasta ese momento la resguardaban. ¿Qué debería pasar entonces? Desde este lado de la historia lo sabemos bien: la multitud termina lo que empezó el acto jurídico de Schabowski, aunque va a llevar tiempo, y las dos Alemanias recién se van a unificar un año después, cuando RFA absorba a RDA. Pero en ese momento, en ese preciso momento en el que la narradora sube al Muro, nada de eso se sabe. Villanueva cuenta el lento reacomodo de la historia abandonando la perspectiva de la actualidad y poniendo el foco en los ojos que vieron todo eso el 10 de noviembre de 1989. Por eso este tramo de texto está en presente, de la misma manera que otros se encuentran en pasado. En el presente, el futuro es incierto: nadie sabe qué va a suceder, los soldados pueden disparar, el gobierno puede ser depuesto por un movimiento comunal, tal vez los comunistas estaban en condiciones de vender cara la derrota. Pero ahí está el impasse: nadie sabe qué va a suceder, aunque todos esperan que suceda. Se trata de algo simbólico: en esa frontera que fue levantada en nombre de un futuro cerrado y científicamente comprendido a través de la teleología del marxismo se abre un futuro completamente incierto sobre lo que vendrá.

### 3

Nadie comprende bien algunas noticias cuando se producen de golpe. Veinte años atrás pudimos comprobarlo con los atentados a las Torres Gemelas: ¿qué fue eso exactamente? Ríos de tinta corrieron para encontrar respuestas tentativas. Podríamos decir que se trata de un efecto de sorpresa. Podríamos retomar el concepto de shock que trabajó Walter Benjamin para

pensar la poesía de Charle Baudelaire y el impacto de la modernidad.<sup>6</sup> También valdría la pena recuperar el concepto de “doctrina de shock” con el que se suelen implementar las transformaciones políticas drásticas que suponen pérdidas de derechos por parte de la población.<sup>7</sup> Las terapias de shock están vinculadas con la falta de comprensión de las personas de lo que está sucediendo. Cuando terminan, la sociedad cambió y ellas también. En cualquier caso, hay algo que está del lado de la incompreensión. Villanueva no comprende la dimensión de lo que le dice Jan, Schabowski lee un texto que cambia todo sin entender lo que dice, los policías, militares y berlineses están en el Muro sin saber bien qué va a pasar. Por eso, el impasse es una fractura en la historia de las personas que viven esos hechos, la marca de una discontinuidad, para decirlo con Michel Foucault, una cisura en las subjetividades, porque el acto jurídico de la disolución del Muro implica un cambio completo en las personas en la medida en que produce subjetivaciones distintas de las que antes había.

Villanueva capta esta fractura a través de la forma de la narración. En *Otoño alemán*, la escritora no realiza un relato homogéneo articulando el pasado con el presente y el futuro, sino que lo fragmenta a través de dos tipos de narración: una narración en presente, que pone el foco en la percepción de noviembre de 1989, y una narración en pasado, colocada en 2019, que es la fecha que inscribe al final del libro. Aunque tienen el mismo nombre, estas narraciones formulan dos sujetos, y por “sujeto” me refiero principalmente a una cuestión lingüística, porque el “yo” que narra desde 1989 no es el mismo que el que lo hace en 2019. Asimismo, esas dos narradoras piensan los hechos de manera diferente:

¿Cómo explicar un día así cuando se lo ve sin la distancia de los manuales, cuando se vive minuto a minuto en el centro mismo de los acontecimientos? Esta espera también es parte de la ‘caída’ del Muro, de esa muralla física y también invisible que dividía a las personas, esa frontera hasta hace unas horas infranqueable que cae imperceptible con cada minuto que pasa; y aunque no se pueda ver nada, aunque nada se mueva en esta mañana luminosa, todos sentimos que algo cambió en el aire, todos respiramos esa sensación esquiva y tan de lugar común que por no encontrar otra palabra adecuada llaman “libertad”. (118)

Por una parte, se encuentra el presente de la narradora testigo. Esa narradora mira la escena del Muro, el 10 de noviembre de 1989, sin saber lo que va a suceder después. Por la otra, se halla la narración desde el presente, que repasa sus recuerdos desde 2019, con la mediación de los manuales y los diarios, con el conocimiento de lo que todo esto significó para la historia de la humanidad. A lo largo del libro de Villanueva, este juego entre los dos tiempos se realiza por medio de una oscilación entre una narración en presente (predominante) y una narración en pretérito (que aparece de manera más ocasional). No se trata de un juego formal, porque esta escisión es consecuencia de lo que tiene que contar. La narradora testigo es fundamental porque puede ver lo que realmente sucedió en las calles de Berlín, ese momento de incertidumbre, ese impasse en el que nada se sabe, pero esa perspectiva no alcanza porque

<sup>6</sup> En “Sobre algunos temas en Baudelaire”, Benjamin se apoya en *Más allá del principio del placer* y sostiene que el shock es un evento que perfora el sistema consciente y se inscribe en el inconsciente (129). Podríamos agregar que, para Freud, el agujero provoca una acumulación de energía psíquica destinada a procesar de una manera no consciente la situación traumática (un accidente, la vivencia de una guerra, etc.), a través de mecanismos como los sueños de angustia o las compulsiones de repetición. La propuesta es interesante para pensar lo que sucede con la caída del muro: se trata de un evento que también perfora la consciencia de los individuos que lo vivencian (los personajes de *Otoño alemán*). Ese agujero, que en este texto estamos pensando a partir del impasse, los empuja a otra forma de pensarse y pensar lo social.

<sup>7</sup> El concepto fue expandido por Naomi Klein en el muy difundido *La doctrina del shock*.

no puede ver la magnitud de lo que está sucediendo, ese acontecimiento que utilizamos para poner fin al socialismo en Europa. Por su parte, la narración desde 2019 está en condiciones de darle dimensión al hecho, al precio de barrer con lo que sucedió, utilizando afirmaciones como “la caída del muro de Berlín” o la “aceleración de la historia”, dos conceptualizaciones que, como muchas otras, son falsas, pues los acontecimientos no ocurrieron de esa manera, fueron lentos y desprolijos, ajenos a esa forma teatral por la que algunos historiadores (y casi todos los periodistas) se sienten tan inclinados.

Tomemos otro fragmento:

A treinta años de esa mañana en la que el tiempo parecía pasar más lento es difícil explicar lo que significaba para todas esas personas la expectativa de pasar libremente de un sistema a otro. Familias separadas desde 1961 por el Muro de Berlín de 45 kilómetros de largo, 115 kilómetros de alambres de púas, terrenos minados alrededor de la ciudad convertida en isla de Occidente en territorio comunista. (119)

De nuevo encontramos los dos presentes: 2019 (“A treinta años de esa mañana”) y 1989 (“el tiempo parecía pasar más lento”). Pero ahora se agrega el pasado, que ayuda a tomar una dimensión de lo que está sucediendo. No se trata de cualquier pasado, sino de un pasado que está unido a los alemanes de aquella época: es el pasado-presente del que habla Reinhart Kosellek, es decir, el espacio de experiencia, eso que uno es a causa de la vida y los aprendizajes que tuvo durante su vida. El muro atraviesa a esas personas, algo de lo que se ocupa Villanueva en los capítulos anteriores, cuando habla de lo que sucede del lado del Este –las manifestaciones, las pancartas, las pintadas punks, los pedidos de libertad, los controles de la Stasi, esa presencia constante de una pared que divide la ciudad. Pero el muro también atraviesa muchas familias que quedaron segmentadas por esa frontera, como es el caso de Jan (el novio de Villanueva), cuya madre vive del otro lado y a la que suelen ir a visitar, con un permiso de estadía de una semana. Entre los tres tiempos no hay continuidades, nada los suelda, porque no comparten ni saberes ni percepciones. Es como si la caída del Muro los desgajara, un presente que de pronto se vuelve pasado (toda la experiencia pre-1989), un presente actual que se plantea como testigo de lo que sucede (1989) y un presente que puede mirar desde el conocimiento histórico lo que sucedió (2019). Parece un cuadro cubista, en el que todas las perspectivas temporales aportan algo al conjunto y se iluminan entre sí, pero nada establece una continuidad de una a otra. En este sentido, el acto incorporal de Schabowski produce una fisura en los tiempos y fragmenta la narración: el *impasse* (la imposibilidad de comprender lo que sucede) se transformara en un hueco que articula los relatos sin darles continuidad ni integración.

Veámoslo con una foto, que Villanueva reproduce y comenta en el libro, tomada el 10 de noviembre. En ella captó una multitud cruzando un puente sobre el río Spree: “Saco una foto del puente, de las personas sobre el puente, pero el zoom no me acerca más a ellas. Todavía conservo una copia, la miro con detenimiento tratando de encontrar algo, un dato nuevo que me ayude a recordar” (116). Como postula Roland Barthes en *La cámara lúcida*, las fotos tienen una existencia espectral: muestran un pasado (lo que ya no es) que está lanzado al futuro (la foto se dirige a los ojos que la verán en el porvenir). En la foto que saca Villanueva, esos tiempos están nuevamente dislocados, estableciendo una discrepancia en la percepción:

Pero la foto es decepcionante, el puente parece pesado, se refleja el río oscureciendo el agua, el cielo está nublado mientras yo recuerdo un día soleado; las líneas de los edificios de Berlín Este en el fondo están fuera de foco detrás de una bruma rosada y tampoco se distinguen bien las personas. La imagen no da idea de la multitud que se

pierde en la distancia por la perspectiva y tampoco refleja la expectación sostenida que colgaba del aire, el ambiente de fiesta en espera; la foto es apenas un recorte mezquino de esa escena grandiosa que quedó en mi memoria. Y aunque mi imagen mental es en blanco, marrones y grises iluminados, en la foto descubro colores, camperas de jean celestes y azules con amplias hombreras, el rojo de algunos abrigos, el gorro rojo señal de un chico que se aferra a la mano de su padre, barbas y pelo largo, mujeres con permanente y carritos de bebé, parejas abrazadas (117).

Como “es apenas un recorte mezquino de esa escena grandiosa que quedó en mi memoria”, la imagen no se ajusta a la percepción actual. Pero esto se podría leer al revés, preguntándonos por las razones por las cuales la memoria cambia lo que vimos, acomodando las imágenes de una cierta manera. En principio, la foto no logró captar lo que percibió la narradora, algo que suele suceder, especialmente en las fotografías de las multitudes. Pero esa discrepancia deja paso al descubrimiento de elementos que la memoria evidentemente retocó. Por ejemplo, al mirar la foto Villanueva descubre que el cielo estaba nublado, aunque ella lo recordaba soleado, casi diríamos que en el recuerdo el cielo anuncia un nuevo amanecer, el amanecer de la libertad. Otro tanto sucede con los colores: en su recuerdo, la imagen tiende a convertirse en un pasado cromatizado por nostálgicos colores sepia, mientras que al volver a la foto descubre una estridencia de azules y rojos. Los arreglos de la memoria tienden a convertir el cruce de la multitud por el puente en un acontecimiento del pasado que, en tanto pasado, se articula con la actualidad, mientras que la foto se niega a una reducción como esa, muestra no solo un recorte de aquella imagen recordada, sino una disposición cromática que ahora resulta chocante. En Villanueva, el pasado no se presenta con los arreglos de la actualidad, convertida la imagen en algo en lo que nos reconocemos, un pasado que es nuestro; aparece, en cambio, con rasgos que no son tratables. La foto muestra eso: una fractura entre el sujeto del pasado y el sujeto del presente, producida por el impasse de la incompreensión.

#### 4

En *Tiempo y narración*, Paul Ricoeur sostiene que “el tiempo se hace tiempo humano cuando se articula de modo narrativo; a su vez, la narración es significativa en la medida en que describe los rasgos de la experiencia temporal” (39). De acuerdo con su planteo, la forma de la narración no es algo que sencillamente podemos poner del lado de lo ornamental, sino que constituye el modo en que articulamos, pensamos y nos vinculamos con el tiempo, lo que equivale a decir que la narración (desde el relato de nuestra propia vida al *Ulises* de James Joyce) determina también las subjetividades. En *Otoño alemán*, Villanueva sugiere desde la forma que una de las consecuencias de la caída del muro de Berlín es que las relaciones entre el pasado, el presente y el futuro se vieron trastornadas. Como dice Jacques Derrida en relación con ese acontecimiento, el tiempo quedó *out of joint*, tomando la expresión de *Hamlet*. El tiempo (la historia) se ha salido de sus goznes, de modo que el pasado (noviembre de 1989) no se puede recuperar desde el presente, se ha vuelto un tiempo cortado, que proyectaba un futuro y pensaba un pasado distintos a los que se pueden proyectar hoy (2019). El impasse del muro vuelve imposible esos tiempos, no se pueden reunir en un solo relato. Esa valoración debería ponerse en paralelo con la propuesta de François Hartog: con la caída del muro de Berlín se terminó el régimen de historicidad moderno, que articulaba pasado y presente a partir de un futuro predecible, como la sociedad sin clases, por un régimen



posmoderno, en el cual el futuro está completamente abierto y el pasado siempre reaparece de manera anacrónica, capturado por los sentidos cambiantes de lo actual.<sup>8</sup>

Aunque *Otoño alemán* presenta esto por medio de la forma, también propone interesantes sugerencias a través del contenido. En la primera parte del libro, Alemania se encuentra dividida por el muro, que durante los primeros capítulos está en pie. Jan, la pareja de la narradora, tiene familia en el Este, y eso le permite viajar en varias oportunidades al otro lado del Muro y conocer las ciudades y los pueblos socialistas. Esos viajes tienen detrás una gran tradición literaria e intelectual. Podemos hablar de *De viaje a los países socialistas*, de Gabriel García Márquez, en el que cuenta su viaje de 1957, o antes de las decimonónicas *Cartas de Rusia*, del Marqués de Custine, ambos retomados de manera abierta por Villanueva en *Sombras rusas*. O bien, habría que mencionar *La mala memoria*, de Heberto Padilla, especialmente el tramo en el que cuenta su vida en Moscú, o el posterior “El año que tumbamos el muro”, de Iván de la Nuez, en el que el escritor cubano cuenta su experiencia de cuando conoció la URSS, poco antes de que cayera el muro. ¿Qué tienen en común todos estos textos, más allá de que describen a menudo los mismos lugares? Lo que tienen en común con Villanueva es que el viaje en el espacio es también un viaje en el tiempo. Viajar a Rusia o a RDA es también viajar al pasado o al futuro.<sup>9</sup>

Esta conceptualización histórica de los viajes ha sido resaltada por Jacques Derrida en “Back from Moscou, in the USSR”. En ese texto, en el que relata su regreso del primer recorrido de Rusia, que realizó a principios de 1990, habla de esa experiencia del viaje en el tiempo, retomando *Retorno de la URSS*, de André Gide:

Dicho de otra manera, como todos los que hacen entonces esta ida y vuelta, Gide no deja su país, no se va de su casa [de chez lui] para la URSS como se diría: para el extranjero, un país lejano o excéntrico, para después volver a su casa (chez soi), su viaje, la idea de su viaje ya es un retorno (back home) hacia lo que debería ser su casa (un “chez soi”) o mejor hacia un lugar, la URSS, que es “más que una patria de elección: un ejemplo, una guía”. El “allá” es el porvenir del “aquí” absoluto hacia el que se extiende su viaje. La dimensión mesiánica o escatológica del trayecto hacia lo que no es nombrado por azar una “tierra”, se da desde “allá”, desde este “allá” (Fort) como el aquí prometido a la elección: “Aquello con lo que soñábamos, aquello que apenas nos atrevíamos a esperar pero aquello hacia lo que todas nuestras voluntades, nuestras fuerzas se dirigían, tenía lugar allá. Así existía una tierra en que la utopía estaba a punto de volverse realidad” [...]. La utopía, el no-lugar, estaba a punto o estaba ocurriendo en esta “tierra” (si subrayo la palabra “tierra”, no es sólo para despertar la memoria de la tierra prometida –y Gide habla más delante de las “promesas” respetadas o no-; a través de la paradoja que consiste en seguir llamando “tierra” a un país, países cuya industrialización o des-agriculturización ya se está proyectando de manera tan trágica, quisiera también anunciar lo que espero decir más tarde acerca de la especificidad del tema ecológico en la experiencia actual de la perestroika). (66-67)

Esta configuración del tiempo se encuentra de una manera distinta, pero se encuentra de todos modos, al principio de *Otoño alemán*. En el libro la RDA nunca es una promesa de futuro,

<sup>8</sup> Irina Garbatzky se refirió a este tipo de dislocaciones del tiempo en “Berlín, contrapunteo cubano”, refiriéndose al paso que se produce entre la temporalidad detenida de la revolución y la temporalidad incesantemente voraz del capitalismo, en dos novelas de los autores cubanos Jesús Díaz y Fernando Villaverde.

<sup>9</sup> Desarrollo una hipótesis como esa en “Tiempo histórico y formas de la narración” a través de los textos de Padilla y De la Nuez recién mencionados.

sino al contrario, es la República Federal Alemana (RFA) la que se convierte en el porvenir, porque allí se encuentra el “mundo”, lo que significa que allá están, sobre todo, las deslumbrantes mercancías del capitalismo. Escribe, por ejemplo, sobre su visita a un pueblo del Este:

Estar en Lössnitz era como hacer un viaje al siglo XVIII en una región apartada del mundo, anterior a la revolución industrial, en una casa con cortinas de volados y puntillas, carpetitas bajo los floreros y objetos decorativos de Occidente como las latas de cerveza expuestas y juguetes de manufactura comunista que la nena dejaba por todos lados. Nos bañábamos detrás de unas cortinas improvisadas en una tina de latón con patas que Frank traía del sótano, el agua demasiado caliente o demasiado fría, las cortinas se pegaban a la piel y todas, absolutamente todas las superficies húmedas: los vidrios húmedos, las paredes húmedas, los juguetes comunistas húmedos, la ropa húmeda que nunca terminaba de secarse. En ese sauna comíamos, dormíamos, bebíamos y la familia recibía visitas. (52)

En el contexto de la RDA, las mercancías del capitalismo operan como artefactos de desterritorialización en un sentido muy concreto: son como imanes que atraen los deseos hacia un futuro que es distinto del que planteaba el comunismo. Esas mercancías eran introducidas de contrabando por las personas que provenían de la RFA y los de la RDA adoraban hasta las bolsas de plástico que las contenían: “abrir un *Westpajekete* (paquete occidental) seguía proporcionando alegría y no dejaba de ser para mucha gente una suerte de ceremonia, como me contó Ángela: ‘Abrir un *Westpakete* es sentir el olor del mundo’ (45). En un viaje a Wismar, por ejemplo, llevan fruta, “cajas de mazapán bañado en chocolate de Lübeck, ropa, juguetes y dulces para la ahijada de Jan, Nutella, cerveza occidental, jabones aromáticos, shampoo y cremas para Angela –la mujer de Frank-, revistas *Der Spiegel* y bombones para Fried y Rosi” (44).<sup>10</sup>

Ahora bien, la mercancía repone el impasse del que estuve hablando en los apartados anteriores. En efecto, los *Westpakete* no ponen en juego el futuro del socialismo, sino la conformación de dos regímenes históricos y dos subjetividades completamente distintas. Y esto es algo que aparece cuando abren las puertas del muro y las personas cruzan al lado occidental. Si quedan deslumbrados, es por la mercancía:

–¡Papá! ¡Los autos tienen precio!

En la RDA todo el mundo sabía lo que costaba un Trabbi, había que apuntarse a una lista y esperar once años. El Trabant, el auto más común de Alemania del Este, tenía carrocería de Duroplast, un material fabricado con fibras naturales como el algodón y con la consistencia de cartón duro, con formas que parecían de juguete. Un Trabbi costaba 11.000 marcos orientales, era el precio oficial, aunque uno usado costaba más que uno nuevo, los autos eran uno de los pocos bienes hereditarios y eran cuidados con mucho celo. En los últimos años el precio podía variar en el mercado negro. Un Wartburg costaba 20.000 marcos orientales y las listas de espera eran de doce años. Un Volga era un lujo al que sólo tenían acceso los miembros del Partido.

<sup>10</sup> Podemos relacionar esto con lo que dice Priestland sobre los años finales del proceso soviético: “La fascinación por los artículos de consumo mostraba claramente que muchos ciudadanos soviéticos se estaban desplazando ideológicamente a la órbita occidental. Las preocupaciones de los jóvenes giraban en torno a la ropa y la música occidental; aunque los países socialistas producían la misma ropa (a veces con marcas occidentales como Marlboro o Levi-Strauss), sólo se cotizaba la fabricada en el extranjero” (438).

El padre del chico aprieta la mano de su mujer, la mira a los ojos emocionados y le dice, en voz baja:

–Estamos en Occidente. (126-127)

En la descripción de los autos se puede ver la diferencia entre una economía planificada y una economía liberal. Pero esa diferencia está montada en otra: la que se establece entre la organización centrada en la mercancía, que está ligada al valor de cambio, y otra organizada en torno de la construcción colectiva de un modelo social. La emoción de la familia por el descubrimiento de que los autos tienen precio puede compararse con el impasse de Schabowski o las personas arriba del muro durante la jornada del 10 de noviembre, no porque la familia no comprenda lo que está sucediendo, sino porque no hay modo de que esas dos organizaciones sociales se comprendan entre sí. Nada lo comprueba mejor que la transformación de la cultura soviética en suvenires y objetos de colección. Y ninguna de esas transformaciones es tan vasta y significativa como la que vivió el muro de Berlín, enorme mole que las personas demuelen para luego vender las partes que obtienen, como describe Villanueva:

Hombres equipados con picos, mazas y martillos golpean el Muro y guardan en bolozos piezas de hormigón con restos de grafiti grandes como un cascote sin forma, tienen una superficie rugosa por las piedras mezcladas con el cemento, los pedazos más chicos los dejan tirados en el suelo y la gente los levanta y se los guarda en los bolsillos. Guardo algunos pedazos del Muro del tamaño de dátiles aplastados en mi abrigo. Ya hay mesas con pedazos del Muro, medallas, gorros y uniformes soviéticos a la venta, la industria del souvenir comunista está en sus inicios. (134)

El capitalismo no comprende al socialismo: lo pulveriza con la lógica que le impone.

## 5

Para terminar, quisiera conectar el destino del muro de Berlín con un episodio que Villanueva cuenta en *Sombras rusas*, su libro anterior, en el que relata su vida en Moscú a fines de los años '90. En uno de los capítulos iniciales escribe sobre una escalera que se encuentra en esa ciudad, que lleva a la Biblioteca de Lenin. Para su sorpresa, la narradora va a los tropiezos y, al poco tiempo, su mirada de arquitecta le permite descubrir por qué: los peldaños tienen una alzada corta, pero son muy profundos, “como para que el pie de un héroe soviético número 56 entre cómodamente en ella” (84). Hay algo monumental en esas escaleras, que es resultado de la arquitectura monumental del stalinismo. También en *Otoño alemán* se refiere a ese tipo de edificación para gigantes cuando recorre la Avenida Karl Marx, “largo tramo de avenida flanqueada por una arquitectura monumental de estilo clasicista que emulaba a los grandes *Prospekti* de la Unión Soviética” (222). Hay algo de disciplinamiento en esa arquitectura y en la escalera: el individuo se vuelve más pequeño ante el peso de la historia colectiva, al mismo tiempo que se obliga al transeúnte que sube los peldaños a pensar cada paso, concentrarse al subir. Cada paso y cada persona en la escalera se articulan, forman un conjunto, ascienden hacia la gran meta histórica que aguarda arriba. Villanueva va peldaño sobre peldaño y siente la mirada de Lenin: “Vamos, muchacha –parece decirme–. Cuanto más lento vas, más lejos llegarás” (84). Pero cuando llega al final descubre algo inesperado:

Subo, adoctrinando mis piernas a este nuevo ritmo que me hace sentir parte. Y cuando, al fin, llego a la plataforma de entrada a la biblioteca, veo sobre el edificio un cartel

inmenso de propaganda: SAMSUNG, dice en grandes letras azules acompañadas de un texto cirílico en rojo: EL FUTURO A TUS PIES. (84)

El futuro de la revolución ha sido reemplazado por el futuro prometedor de la mercancía. ¿No se lee ahí una lección histórica? La arquitectura monumental, el diseño de los peldaños, la marcha de la historia, el disciplinamiento, Stalin y Lenin, la moral revolucionaria, la propiedad estatal, todo eso recuerda la conceptualización de una historia articulada con un futuro por el cual es necesario sacrificarse y luchar. El aviso de Samsung representa lo contrario: el capitalismo les da a los individuos una mercancía, que es satisfacción y postergación. Frente al Otro de la historia (Stalin fue el máximo representante de ese Otro), el objeto metonímico de la mercancía: dos formas de ordenar la sociedad. Pero también, dos formas en las que se parte la historia y, con ella, las subjetividades. Porque así como la larga marcha de la escalera culmina en una publicidad, el muro de Berlín termina convertido en mercancía.

El capitalismo no comprende: destruye. O bien, comprende por medio de la destrucción, lo que implica una forma de la no comprensión. Parece un ejemplo de la negación hegeliana: destruye y conserva, porque el muro se mantiene como mercancía, pero a diferencia de la negación hegeliana, esa conservación es tal que, en lugar de establecer una continuidad, profundiza una discontinuidad, que en este trabajo comencé explorando a través del impasse.<sup>11</sup> Como muestra el libro de Villanueva, de ese impasse de la caída del muro proviene nuestra actualidad: la mercancía y el consumo como fuerzas organizadoras de la sociedad y de las subjetividades y la fragmentación de la historia como lógica temporal.

Con esta exploración, *Otoño alemán* propone, en simultáneo, una forma de vincularse con la espectralidad del pasado. Mientras el capitalismo lo destruye, transformándolo en mercancía y eliminando la diferencia que lo determina, la narrativa de Villanueva abre la diferencia (restablece el impasse) para pensar el pasado como lo otro. Hay en esa forma de contar un argumento caro a Derrida: el pasado no es el origen pretérito de nuestra actualidad, sino que es aquello que siempre se encuentra latente como algo que está por volver. En este sentido podemos interpretar la elección de Villanueva de titular sus libros con el otoño y las sombras: una estación nostálgica y una interrupción de la luz, un tiempo afín a los espectros y una figura que suele emplearse para hablar sobre los fantasmas. Son dos figuraciones cercanas al pasado que descubre Villanueva de sus experiencias en Berlín y Moscú, ahí donde el pasado se torna algo que no ha muerto del todo y deambula acechando el presente y el porvenir.

## Obras citadas

“Desaparece el POSH y nace un nuevo partido en Hungría”. *Granma*, 9 de octubre de 1989, pp. 8.

Baña, Martín. *Quien no extraña al comunismo no tiene corazón*. Crítica, 2021.

Barthes, Roland. *La cámara lúcida*. Paidós, 1990.

\_\_\_\_\_ “El efecto de realidad”. *El susurro del lenguaje*. Paidós, 1994, pp. 179-188.

<sup>11</sup> Me refiero a la *aufhebung*. En la *Ciencia de la lógica*, Hegel recuerda que el término significa conservar, mantener, como así también cesar, poner fin, y muestra que “lo que se ha eliminado es a la vez algo conservado, que ha perdido sólo su intermediación, pero que no por esto se halla anulado” (97-98). Por eso la destrucción del socialismo que registra Villanueva es diferente: el capitalismo lo convierte en mercancía.

- Benjamin, Walter. "Sobre algunos temas en Baudelaire". *Poesía y capitalismo*. Taurus, 1998, pp. 121-170.
- Custine, Marqués de. *Cartas de Rusia*. Acantilado, 2019.
- De la Nuez, Iván. "El año que tumbamos el muro". *Cubantropía*, Periférica, 2020.
- Deleuze, Gilles y Felix Guattari. *Mil mesetas*. Pre-textos, 1997.
- Derrida, Jacques. "Back from Moscow, in the USSR". *Daimon*, 5, 1992, pp. 47-80.
- \_\_\_\_\_. *Espectros de Marx*. Trotta, 1995.
- Freud, Sigmund. *Más allá del principio de placer*. *Obras Completas III*. Biblioteca Nueva, 1981, pp. 2507-2541.
- Garbatzky, Irina. "Berlín, contrapunteo cubano". *Devenir/escribir Cuba en el siglo XXI: (post) poéticas del archivo insular*, comp. por Nancy Calomarde y Graciela Salto, Katatay, pp. 157-174.
- García Márquez, Gabriel. *De viaje a los países socialistas*. Macondo, 1978.
- Hartog, François. *Regímenes de historicidad*. Universidad Iberoamericana, 2007.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *Ciencia de la Lógica*. Hachette, 1968.
- Iriarte, Ignacio. "Tiempo histórico y formas de la narración. Sobre Padilla, De la Nuez, Casullo y Aira". *Chuy*, 13, diciembre de 2022, pp. 109-129.
- Klein, Naomi. *La doctrina del shock*. Paidós, 2009.
- Koselleck, Reinhart. *Futuro pasado*. Paidós, 1993.
- Padilla, Heberto. *La mala memoria*. Plaza & Janés Editores, 1989.
- Priestland, David. *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*. Crítica, 2010.
- Rodríguez García, José Luis. *El derrumbe del socialismo en Europa*. Ruth Casa Editorial 2014.